

Asalto al claustro: ataques y autodefensa de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695)

Miguel Ángel DE LA FUENTE GONZÁLEZ
Facultad de Educación de Palencia
Universidad de Valladolid
arkanjel@dyl.uva.es

I. Introducción: límites de nuestro estudio.

II. El claustro: morada y refugio.

- 2.1. *Los conventos de Nueva España.*
- 2.2. *Juana Asbaje en el convento.*

III. Ataques y defensas.

- 3.1. *La Carta atenagórica (1690).*
- 3.2. *La Respuesta a Sor Filotea de la Cruz (1691).*
- 3.3. *Importancia de la Respuesta a Sor Filotea de la Cruz.*

IV. Defensa de un reproche.

V. Defensa de la *Carta atenagórica*.

- 5.1. *Circunstancias de la publicación.*
- 5.2. *Los riesgos de la publicación.*
- 5.3. *Defensa propiamente de la Carta atenagórica Contenido, forma y estilo.*

VI. Defensa del saber.

- 6.1. *Los conceptos de saber y de sabiduría.*
- 6.2. *El deseo del saber: empeños y obstáculos.*

La Clausura femenina en España e Hispanoamérica: Historia y tradición viva
San Lorenzo del Escorial 2020, pp. 1011-1036. ISBN: 978-84-09-25499-6

"

6.3. *El saber, superior a la belleza y la riqueza.*

6.4. *El saber al servicio de la Teología.*

6.5. *Envidias y ataques.*

6.6. *Las crisis del saber en Sor Juana.*

VII. Una vida entre dos saberes.

VIII. Referencias bibliográficas.

"

I. INTRODUCCIÓN: LÍMITES DE NUESTRO ESTUDIO

Escribir sobre la ilustre escritora mexicana Sor Juana Inés de la Cruz es tan arriesgado como hacerlo sobre cualquier otro gran autor clásico de nuestro Siglo de Oro, siéndolo ella misma también. Sin embargo, nuestro objetivo, bastante limitado, es acercarnos a lo que supusieron en su vida los diversos ataques que recibió, así como sus correspondientes defensas a través de los escritos.

Nuestro plan es partir del significado social y religioso del claustro, lugar de refugio y de amparo para sor Juana, desechado el objetivo del matrimonio; posteriormente, nos centraremos en su *Carta atenagórica*, y lo que supuso en la vida de su autora y en el ambiente religioso e intelectual de la época; y, por último, nos detendremos en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (que citaremos como SJuana 1979), donde se defiende de los ataques que recibió por la publicación de la *Carta*, y donde también reflexiona sobre el saber y el conocimiento; todo lo cual lo completaremos con citas de sus versos, entre otros, de la *Inundación castálida* (que citaremos como SJuana 1983).

Conscientes de las dificultades que el texto de sor Juana pueda presentar para algunos, hemos introducido en las citas frecuentes aclaraciones entre corchetes. Esperamos con ello no molestar a quienes no necesitan de tales ayudas, que sin duda dificultarán el disfrute de la expresión lingüística original de la monja mexicana.

Por otro lado, recurriremos muy frecuentemente a la obra de Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (que citaremos como Paz 1982), para enmarcar e interpretar la figura de la escritora mexicana. Este ensayo del Nobel mexicano supone una puesta al día de los estudios sobre la vida y la obra de sor Juana (hasta 1981); y, por su amplitud (más de 600 páginas) y exhaustividad, es muy de valorar, aunque no siempre se compartan las opiniones e interpretaciones de su autor.

Y con una cita de sor Juana damos fin a la introducción, «porque es cosa incompatible / en el prólogo alargarse / y en el asunto ceñirse» (SJuaana 1983, 123).

II. EL CLAUSTRO: MORADA Y REFUGIO

Octavio Paz comenta la representatividad que la arquitectura tiene con respecto a las diversas civilizaciones o Estados y, aplicándolo al México del XVII, escribe: «La Nueva España fue una vasta plaza en la que se enfrentaban y confrontaban el palacio, el ayuntamiento y la catedral: el príncipe [el virrey] y su corte; el pueblo en su pluralidad de jerarquías y jurisdicciones; la ortodoxia religiosa» (Paz 1982, 66). Había, sin embargo, más allá de la plaza o zócalo, otros edificios simbólicos: «el convento, la universidad y la fortaleza. El convento y la universidad eran los centros del saber; la fortaleza defendía a la nación del exterior» (Paz 1982, 66).

2.1. *Características de los conventos en Nueva España*

En el México virreinal del XVII, Nueva España, los conventos cumplían una triple función: **religiosa** (con sus rezos e ideales espirituales); **mundana**, quizás mejor civil (servían de refugio y acomodo a personas que no encontraban lugar en la sociedad) y la **social** (además de la beneficencia, la enseñanza; en el caso de las monjas, la educación de niñas y adolescentes) (Paz 1982, 165).

Los conventos femeninos, pues, constituían un espacio de refugio y protección, con sus límites (muros, puertas y rejas), con sus propias leyes (las reglas de la orden, entre otras); con sus propias autoridades (la abadesa, elegida democráticamente por las mismas monjas); con su peculiar población (además de las monjas, las criadas, personas recogidas, etc.); con su organización temporal de rezos, trabajo, tiempo libre, etc.; con su visión espiritual de la vida; sin excluir el contacto con el exterior a través del locutorio.

2.2. *Juana Asbaje en el convento*

A uno de esos conventos (primero al del Carmen, luego al de San Jerónimo) llegó Juana Asbaje para convertirse en Sor Juana Inés de la Cruz. Sin embargo, profesar como monja no era sencillo: «La limpieza del linaje era requisito no menos riguroso que la dote y los crecidos gastos de la ceremonia de la toma del velo» (Paz 1982, 166). Según Paz, sor Juana tenía una gran inseguridad

psíquica, cuyas raíces se nutrían «en sus circunstancias sociales: la irregularidad de su nacimiento [era hija natural], la falta de recursos y, sobre todo y más decisivamente, la ausencia de familia [su padre se había alejado del hogar]» (Paz 1982, 139). Además, «no tenía gusto por el matrimonio ni medios para concertar alguno decoroso [por su condición de hija natural]», y su más fuerte afán era el conocimiento; por lo que el convento era una muy razonable opción (Paz 1982, 554-555). Su lógica se funcionó así:

Entreme religiosa porque, aunque conocía que tenía el estado de cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio [carácter], con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado [lo mejor] y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respe[c]to (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas [excusas] de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad [religiosa] que impidiese el sosegado silencio de mis libros (SJuana 1979, 34).

Al respecto comenta Octavio Paz (1982, 628):

Juana Inés descubrió pronto que su sexo era un obstáculo, no natural sino social, para su afán de saber [propio de un varón]. También tuvo la temprana experiencia de la suerte de las mujeres que se quedaban en el mundo: el matrimonio, el concubinato o la prostitución. El ejemplo de su madre debe haberla impresionado y la marcó para siempre: madre de seis hijos, todos ilegítimos, analfabeta y, no obstante, capaz de manejar los asuntos de la hacienda que la dejó su padre. Las accidentadas vidas de sus dos hermanas carnales, que vivieron amancebadas con distintos hombres, confirmó sus ideas sobre el injusto trato que se daba a las mujeres [...].

Por tanto, «no estamos ante un llamamiento de Dios, sino ante un cálculo racional: sor Juana pesa las circunstancias y con lucidez se decide por [el convento de] San Jerónimo», según Octavio Paz (1982, 542). De esta forma conseguía «crear para sí misma un pequeño espacio que, sin mengua de sus deberes religiosos, le diese libertad para dedicarse a las letras [literatura y estudio]» (Paz 1982, 574). Y, así, al conjunto de defensas territoriales y sociales del México virreinal mencionadas, hay que añadir las autodefensas de sor Juana, las que cada individuo establece frente a la sociedad para subsistir.

Según el dramaturgo Juan Mayorga (declaraciones a RNE), «el gran tema es la fragilidad humana», tal es el tema literario que interesa a todos. Por su parte, la reciente premio Nobel Olga Tokarczuk se refiere a la potencia de los mecanismos de autodefensa, ya que, «si no fuera por la racionalización, la sublimación, la represión y los demás trucos con que nos obsequiamos a nosotros mismos; si se pudiera mirar el mundo sin protección alguna, valiente y honradamente, se nos partiría el corazón». Por ello, considera que «estamos hechos de defensas, escudos y armaduras», como «ciudades cuya arquitectura se asimila a murallas, torres y fortificaciones: un país de búnkeres» (Tokarczuk 2019, 17-18).

Con respecto a esos mecanismos de autodefensa, podría citarse la relación de sor Juana con Isis, como personificación de «una doble maternidad: la natural y la de los símbolos» (influjo de las teorías del jesuita Kircher); y su relación con «otras doncellas de la Antigüedad, que transforman igualmente la maternidad natural en simbólica o espiritual: por la poesía o la inspiración de un numen producen poemas o profecías» (Paz 1982, 112).

Como ya se vio, la opción del convento era algo bastante normal, y como tal se veía en aquella época: «La Iglesia siempre había sido el amparo de los talentos pobres y los literatos sin recursos. En el clero secular, en los conventos y en las órdenes abundaban los poetas, los dramaturgos y aun los novelistas» (Paz 1982, 554).

III. ATAQUES Y DEFENSAS

Paz caracteriza la época de Sor Juana por su cierta «tolerancia ante los extravíos del apetito, e intransigencia en materia de opiniones y creencias; manga ancha con el cuerpo y sus pasiones, rigor con el alma y sus desvaríos» (Paz 1982, 108). Precisamente, el mundo de sor Juana, esencialmente intelectual, era terreno preferente para la sospecha y la persecución. Pero había otro factor fundamental: la sociedad no había asignado el campo del conocimiento a la mujer, por lo que no se veían bien que lo invadiera, pues era propio y prácticamente exclusivo del varón (aunque en la antigüedad e incluso en el mismo cristianismo hubiera casos de mujeres notables en ese terreno). Y Sor Juana, aunque autora literaria, tuvo la osadía de invadir, por única vez en su vida, el área de máximo riesgo: la teología. Y, de esta forma, el pacífico *hortus clausus* conventual se convirtió en castillo sitiado y atacado violentamente.

3.1. *La Carta atenagórica (1690)*

En 1690, se publicó la *Carta atenagórica*, donde sor Juana criticaba un sermón de un reconocido jesuita portugués, el P. Antonio de Vieyra. En la carta-prólogo a tal obra, quien firmada como «Sor Filotea de la Cruz» (el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz), aparte de los elogios de rigor, también le hacía un reproche a Sor Juna: el de no dedicar su talento a la teología, en vez de limitarse a obras literarias más o menos profanas.

Para Fernández de Santa Cruz y para sor Juana era previsible que la publicación impresa de la *Carta atenagórica* provocara «réplicas y comentarios. Pero el número y la violencia de algunos debe de haberlos asombrado y, a sor Juana, atemorizado un poco», en palabras de Octavio Paz (1982, 534). No han llegado a nosotros todos esos ataques (algunos se hicieron desde el púlpito o en las aulas), lo cierto es que se atacó a Sor Juana como mujer y como religiosa, aunque también se intentó que el escándalo fuera perdiendo fuerza dentro de lo posible, incluso muertos sus protagonistas.

3.2. *La Respuesta a Sor Filotea de la Cruz (1691)*

Como defensa ante las reacciones y ataques originados por la publicación de la *Carta atenagórica*, sor Juana se apresuró a escribir su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (1691), que constituye el principal objeto de nuestro estudio. Esta obra debe incluirse dentro del género del ensayo, que Moreno Martínez (2005, 128) define así:

Subgénero narrativo-didáctico de tema variado: histórico, literario filosófico, político... Supone un estadio intermedio entre la literatura (suelen ser textos en prosa cuidadosísima) y la ciencia por su carácter informativo didáctico y la ausencia de ficción (Moreno Martínez 2005, 128).

De la *Respuesta a Sor Filotea*, nos interesa resaltar tres aspectos fundamentales: es autobiográfica (se describe la trayectoria intelectual de la autora, con sus progresos y problemas), es polémica (se defiende de los ataques) y es erudita (abundan las referencias y citas, como no podía ser menos, de autoridades clásicas y cristianas).

3.3. *Importancia de la Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*

La importancia y valor de Sor Juana en la historia de la literatura se basaba, sobre todo, en su obra lírica y dramática, dentro de la corriente barroca,

especialmente del gongorismo. Del conjunto de su obra, lo más singular y apreciado actualmente son posiblemente su *Primero sueño* y su *Respuesta a Sor Filotea*.

Con respecto a su *Carta atenagórica*, que tantos problemas causó, tiene interés quizá para los teólogos, más que para la gente común, sin olvidar, claro, su importancia como desencadenante de polémicas (de interés para la historia de las ideas) y por haber motivado que se escribiera la citada *Respuesta a Sor Filotea*. Y es que ésta, a pesar de sus escasas cincuenta páginas, constituye una obra singular, según Octavio Paz, pues en ella se narra «las aventuras solitarias del espíritu», a pesar de sus «lunares y lagunas», «un documento único en la historia de la literatura hispánica, en donde no abundan las confidencias sobre la vida intelectual, sus espejismos y sus desengaños» (Paz 1982, 537).

Por otro lado, se ha destacado especialmente su defensa de la mujer: «La *Respuesta* era un escrito excepcional no solo por venir de quien venía, sino por los asuntos que trataba; entre ello, el de la educación de las mujeres y su derecho a comentar e interpretar las [Sagradas] Escrituras» (Paz 1982, 551). Esta defensa de la mujer (podría llamarse feminismo) de sor Juana, a pesar de su condición de religiosa de una época y un escenario como era la Nueva España del XVII, ha sido especialmente destacado y generalmente reconocido en abundantes estudios, por lo que no abundaremos en ello.

Y pasamos a desarrollar la parte fundamental de nuestro trabajo en tres apartados: la defensa del reproche contenido en el prólogo de la *Carta atenagórica*, la defensa de los ataques que ésta provocó y, finalmente, la defensa del estudio y conocimiento en general y, en especial, para a la mujer.

IV. DEFENSA DE UN REPROCHE

Como ya adelantamos, en la carta que servía de prólogo al libro *Carta atenagórica*, el obispo Fernández de Santa Cruz (bajo el pseudónimo de sor Filotea de la Cruz) le hacía un reproche a sor Juana: no dedicar su talento a los escritos teológicos, en vez de a la literatura, en la que venía destacando no sólo en México, sino también en España.

Contra este reproche, se defiende sor Juana utilizando fundamentalmente dos argumentos: su supuesta falta de preparación para los escritos teológicos, y los peligros que éstos suponían en unos tiempos en que las sospechas y las acusaciones acababan en indeseables procesos inquisitoriales.

Sor Juana, seguramente como resultado de su inteligencia más quizás que como pose de fingida humildad, reconocía públicamente sus limitaciones intelectuales, especialmente si de escribir sobre temas teológicos se tratara: «¿Qué entendimiento [inteligencia] tengo yo, qué estudio, qué materiales, ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales?»; o en otro lugar: «¿Qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?» (SJuana 1979, 31 y 52). Ella, a pesar de su brillante inteligencia, no había estudiado en la Universidad (aunque fue su deseo ir, incluso vestida de hombre, «mudándome de traje», dice (SJuana 1979, 33). Por ello, su formación fue autodidacta, y veía sus limitaciones y riesgos en terreno tan difícil:

Querer yo saber tanto o más que Aristóteles o San Agustín, si no tengo las aptitudes de San Agustín o de Aristóteles, aunque estudie más que los dos, no sólo no lo conseguiré, sino que debilitaré y entorpeceré la operación de mi flaco entendimiento con la desproporción del objeto (SJuana 1979, 57-58).

En cuanto al conocimiento, hay que reconocer los límites de las propias capacidades, pues se corre riesgo, especialmente al tratar de competir con las grandes inteligencias (tal como había hecho P. Vieyra):

¡Oh si todos -y yo la primera, que soy una ignorante- nos tomásemos la medida al talento antes de estudiar y, lo peor es, de escribir con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos y cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no andarían! (SJuana 1979, 58).

Además, capacitada o no para la teología, conocía que las diferencias entre los errores teológicos y los literarios: «Pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura» (SJuana 1979, 30).

Se queja, además de «la tan perseguida [en su caso] habilidad de hacer versos», y recuerda a poetas, mujeres y hombres del pasado, como la Sibila, el rey David, Moisés, Job, Jeremías, san Ambrosio, santo Tomás y otros muchos, hasta finalizar con «la Reina de la Sabiduría y Señora nuestra» entonando el *Magnificat* (SJuana 1979, 66-67).

V. DEFENSA DE LA *CARTA ATENAGÓRICA* (1690)

Como ya se dijo, después de la publicación de la *Carta atenagórica*, surgieron una serie de ataques, que dieron motivo a que sor Juana escribiera

la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1692). Vamos ahora a detenernos en las circunstancias de esta publicación y en sus contenidos.

5.1. *Circunstancias de la publicación*

El jesuita portugués P. Vieyra había publicado un sermón (sermón del Mandato). Era un viejo sermón, de hacía unos cuarenta años, que trataba sobre las «finezas» del amor de Cristo; es decir, sobre sus manifestaciones máximas o más perfectas. Y, en dicho sermón, Vieyra manifestaba su desacuerdo con tres importantes figuras de la Iglesia: San Agustín, Santo Tomás de Aquino y San Juan Crisóstomo.

Pues bien, rebatiendo tal sermón, y saliéndose del campo literario, sor Juana había escrito un texto por mandato y con vistas tan solo a uso privado, según ella. El manuscrito ya había corrido por algunas manos, y Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, tomó la decisión, quizás unilateral, de darlo a la prensa con las licencias pertinentes y bajo el título *Carta atenagórica de la madre Juana de la Cruz, religiosa profesada de velo y coro en el muy religioso convento de San Jerónimo... que imprime y dedica a la misma Sor Philotea de la Cruz, su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Ángeles* (1690).

Ya el título pudo ser motivo de crítica por pretencioso (*atenagórica* significa digna de la sabiduría de Atenas); sin embargo, el título no era de sor Juana, sino del obispo (la ficticia Sor Filotea): «Hasta el nombre le pusisteis vos» (SJ Juana 1979, 68). Curiosamente, cuando se publique por segunda vez, será con un título más objetivo, aunque no, por ello, menos arriesgado (para estas fechas ya ella había muerto): *Crisis [crítica] sobre un sermón de un orador grande entre los mayores...* (Paz 1983, 561).

5.2. *Los riesgos de la publicación*

Al publicarse la *Carta atenagórica*, debería haber parecido inevitable que la polémica surgiera por parte de los jesuitas, ya que se atacaba al P. Vieyra, uno de sus más eminentes y famosos predicadores, y tal ataque provenía nada menos que de una mujer, claro que favorita de la corte virreinal y amiga de un obispo que admiraba su inteligencia, el palentino Manuel Fernández de Santa Cruz (obispo de Puebla, México). Octavio Paz resalta que este obispo fuera el impulsor y patrocinador de la obra: «él fue el destinatario de la *Carta*, él dio

la aprobación eclesiástica para que fuese publicada, el redactó el prólogo y él costeó la edición» (Paz 1982, 533).

En el libro *Empresas sacras* (Lyon 1682), de Francisco Núñez de Cepeda, se describen las condiciones y actividades del obispo ideal. Una de ellas era socorrer y proteger los monasterios femeninos. Su empresa XL, bajo la representación del *hortus conclusus* (jardín cerrado), apunta: «Los conventos de las vírgenes consagradas al Señor son rosales que florecen en el jardín cerrado de la Iglesia. Su guarda y cultura [cuidado] pertenece al prelado» (Núñez de Cepeda 1988, 175). Y la importancia de tal protección se justificaba «porque la belleza de sus flores (por la mayor parte) [de]pende de su clausura». El lema o mote que la encabezaba, *Quanto si mostra men, tant é piu bella* (Cuanto menos se muestra, resulta más hermosa), exaltaba el aislamiento de la clausura.

Claro que las relaciones del convento de San Jerónimo con el exterior eran, para algunos, excesivamente tolerantes, a pesar de la clausura; y el obispo de Puebla se arriesgaba al publicar una obra que previsiblemente no iba a pasar desapercibida, ni por su autora ni por su tema.

En cuanto a los motivos de la publicación de la *Carta*, se consideran fundamentalmente dos: una revancha del obispo Fernández de Santa Cruz contra Aguiar y Seijas, arzobispo de México, y el deseo de poner a sor Juana en una situación de la que pudiera salir airosa.

En principio, la *Carta atenagórica* era una obra que rebatía a un famoso jesuita; y hay que recordar que, tiempo atrás, Fernández de Santa Cruz vio que su candidatura al arzobispado de la capital mexicana era desestimada, y el favorecido era el jesuita gallego Francisco de Aguiar y Seijas, que tenía muy buenas relaciones con el rebatido P. Vieyra; así se explica que dos libros de sus sermones traducidos aparecieran en Madrid dedicados a Aguiar y Seijas (Paz 1982, 524). Por ello, al publicar la *Carta atenagórica*, el obispo Fernández de Santa Cruz atacaba indirectamente al arzobispo de México.

Octavio Paz resalta el agravante de ser obra escrita por una mujer, «nueva humillación para Aguiar», cuya misoginia era notoria (Paz 1982, 526). Además, en dicha obra, sor Juana hacía una observación que, al publicarse, debió de parecer a muchos una humillante provocación:

No es ligero castigo, [que] a quien creyó [al P. Vieyra] que no había hombre que se atreviese a responderle [por su sermón], ver que se atreve una mujer ignorante [Sor Juana], en quien es tan ajeno este género de

estudio, y tan distante de su sexo; pero también lo era de Judit el manejo de las armas, y de Débora la judicatura (en Paz 1982, 513).

Aunque Fernández de Santa Cruz tuvo que prever que, con esa publicación, exponía a su amiga sor Juana a una batalla en la que ella podía salir especialmente perjudicada, quizás vio una oportunidad no solo de humillar al arzobispo, sino de prestigiar a sor Juana, a quien tenía en alta estima (al tiempo que se guardaba las espaldas, reprochándole que no dedicara su talento más a la teología y menos a asuntos mundanos).

Fuera sor Juana «un instrumento» o «una aliada» en ello (Paz 1982, 533); fuera o no una manera de exponer a la monja a una batalla donde triunfara su inteligencia, al final, la polémica resultó un motivo de problemas para todos los protagonistas, aunque la parte más perjudicada tenía que ser sor Juana, la parte más débil.

Según Paz (1982, 555-556), «la preeminencia alcanzada por sor Juana ofendía a muchos prelados; todos ellos eran sus superiores y casi todos presumían de teólogos, literatos y poetas. La monja encarnaba una excepción doble e insoportable: la de su sexo y la de su superioridad intelectual». Por otra parte, en su papel de guías espirituales, «unos querían convertirla en una teóloga [Fernández de Santa Cruz], otros en una santa [su confesor, Núñez de Miranda]; todos querían doblegarla, callarla» (Paz 1982, 557).

5.3. *La defensa propiamente de la Carta atenagórica*

En cuanto a la defensa de la *Carta atenagórica*, defensa contenida en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, la argumentación de Sor Juana se centra en dos vertientes: el contenido (su ortodoxia y la injusticia del ataque) y su forma (respetuosa, aunque de estilo literario mejorable). Sor Juana utiliza, en parte, la interrogación retórica, «pregunta realizada sin intención de que se responda, bien porque la respuesta está implícita, o bien porque el hablante va a contestarla él mismo» (Moreno Martínez 2005, 193). Esta forma de preguntas sobre cuestiones obvias tiene una fuerza de la que carecen las aseveraciones correspondientes. Vamos ya a los argumentos (SJuana 1979, 64-65, para todas las citas de los tres siguientes apartados).

A) Sor Juana defiende la ortodoxia de su crítica al sermón de Vieyra (que, desde luego, llevaba todas las licencias y aprobaciones eclesíásticas): «Si el crimen está en la *Carta atenagórica*, ¿[no] fue aquella [nada] más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia?».

Este es el argumento principal y, por ello, se reitera al final, aunque lo reproduciremos ahora: «Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata?, y con eso él quedara vengado y yo contenta, que aprecio como debo más el nombre de católica y obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de [reconocida] docta».

B) También defiende su derecho al disentimiento, pues era injusta discriminación que la atacaran por no estar de acuerdo, simplemente, con la opinión de otra persona:

Pues si ella [la Iglesia] con su santísima autoridad no me lo prohíbe [el disentir], ¿por qué me lo han de prohibir otros? ¿Llevar una opinión contraria de Vieyra fue en mí atrevimiento, y no lo fue en su Paternidad [el P. Vieyra] llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de ¹un solar? ¿Es alguno de los principios de la Santa Fe, revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados?

Ya al final, expresa su aceptación de cualquier crítica, siempre en igualdad de condiciones: «Pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen». Sin embargo, las críticas a sor Juana, en su virulencia, llegaron a perder las formas, o adoptaron curiosas estrategias, como aquel obispo que se tomó la molestia de atacarla haciendo firmar como autora de su ataque a su hermana, quizás para no rebajarse contestando a una simple monja (Paz 1982, 534).

C) Por otra parte, sor Juana apunta que su crítica siempre fue formalmente respetuosa:

[A]demás que yo no falté al decoro que a tanto [importante] varón se debe, como acá ha faltado su defensor, olvidado de la sentencia de Tito Lucio, *Artes committatur decor* [A las artes las acompaña el decoro]; ni toqué a la Sagrada Compañía [de Jesús] en el pelo de la ropa.

No obstante, se disculpa porque la obra puede carecer de esmero estilístico, ya que no se escribió para ser impresa, sino para lectura y uso privados; «Según Plinio, *non similis est conditio publicantis, et nominatim dicentis* [No es igual la condición del que publica que la del que sólo dice]. Que si [yo] creyera [que] se había de publicar, no fuera con tanto desaliño [estilístico] como fue».

¹ Lo de *solar* podría referirse al linaje (condición social inferior de Sor Juana) o al prestigio de Vieyra por pertenecer a la Compañía de Jesús.

Tampoco sor Juana pensaba defenderse de los ataques: «Que si no es interviniendo vuestros preceptos [vuestro mandato], lo que es por mi defensa nunca tomaré la pluma». Y utiliza dos sentencias contra el anonimato de algunos ataques: «Porque me parece que no necesita de que otro le responda, quien en lo mismo que se oculta conoce su error, pues, como dice mi Padre San Jerónimo, *bonus sermo secreta non quaerit* [los buenos dichos no buscan el secreto], y San Ambrosio: *latere crimosae est conscientiae* [ocultarse es señal de conciencia acusadora]» (SJuana 1979, 68-69).

VI. LA DEFENSA DEL SABER

Como ya se dijo, sor Juana había ingresado en el convento como refugio y con el principal objetivo de dedicarse al estudio y al conocimiento. Y no era el caso único, ya que abundaban los clérigos que tenían actividades literarias, y ninguno, sin embargo, «había sufrido persecuciones por escribir obras profanas; la libertad de que gozaban era bastante amplia, con las limitaciones de no afirmar que fuese contrario al dogma» (Paz 1982, 554). Pero sor Juana sí fue atacada, quizás más por el escándalo que provocaron su *Carta atenagórica* y su *Respuesta a sor Filotea* que por su dedicación especial a la literatura y, desde luego, por ser mujer.

En torno al tema del conocimiento, principal afán de la vida de sor Juana, queremos detenernos en cinco apartados: los conceptos de saber y de sabiduría; el deseo de saber y sus obstáculos; el saber por encima de la belleza y las riquezas; saber y teología y, por último, las crisis del saber en sor Juana.

6.1. *Las clases del saber*

En el mundo y época de Sor Juana, se diferenciaban varios tipos de saber: el de las letras humanas, los conocimientos de las Sagradas Escrituras (quizás identificados con la teología) y el saber espiritual o santidad, aspiración general del cristiano y, especialmente, de quienes ingresaban en la vida monástica.

En los textos de sor Juana, no siempre está claro el tipo de saber o conocimiento al que se refiere, pues parecen mezclarse (tampoco nosotros los diferenciaremos). Así, sor Juana menciona su «amor a la verdad», «inclinación a las letras», «natural impulso que Dios puso en mí» y «amor a la sabiduría y a las letras» (SJuana 1979, 31, 53, 31 y 49 respectivamente). Por su parte, Octavio Paz lo resume como «pasión intelectual» (Paz 1982, 108).

Frente a ello, el obispo Fernández de la Cruz representa la posición cristiana, que considera que «la ciencia que no es del Crucificado es necesidad y solo vanidad»; o «ciencia que no alumbra para salvarse, Dios la califica de necesidad» (en Paz 1982, 536 y 519 respectivamente). Sin embargo, sor Juana no ve que necesariamente la ciencia sea un obstáculo para una vida religiosa e, incluso, santa; como el caso de santa Catalina de Alejandría, a la que, en sus villancicos, define como «un santita [...] / sin que la estorbase / para ello el saber...» (en Paz 1982, 564).

6.2. *El deseo personal del saber y sus obstáculos*

Sor Juana llega a definir así su *Respuesta a sor Filotea*: «Una simple narración de mi inclinación a las letras» (SJ Juana 1979, 53). Entre Sor Juana y la santa de Ávila, ve importantes diferencias: «Al contrario de Santa Teresa, [sor Juana] debe [de] haber sido más soñadora que aventurera y más reflexiva que soñadora», pues, en ella, «la curiosidad pronto se transformó en pasión intelectual: el *¿qué es?* y el *¿cómo es?* fueron preguntas que se repitió durante toda su vida» (Paz 1982, 108).

Aunque, para el obispo de Puebla, «pocas criaturas le deben a Su Majestad mayores talentos en lo natural [que sor Juana]» (en Paz 1982, 519), ello contrasta con el sacrificado camino de conocimiento que ésta emprende y los sacrificios que se impone. En palabras de Octavio Paz, «Juana Inés debe tomar la fortaleza por asalto y apoderarse del conocimiento como los piratas de su tiempo saqueaban los galeones que apresaban. Ella misma lo dice: lee todos los libros sin que “basten los castigos a estorbarla”» (Paz 1982, 121-122).

Juana, de muy pequeña, acompañaba a su hermana mayor en la escuela, y así aprendió a leer, aunque sin advertírselo a su madre. Según Calleja, «aprendió el latín en veinte lecciones» (Paz 1982, 127), y sabemos que, en la corte virreinal, fue acogida como una niña prodigio de la época, además de que tuvo gran éxito en el mundo de la literatura, incluso en España, donde se publicaron sus obras.

Pero no todo le llovía del cielo. Así, dentro de los sacrificios físicos se privó de comer queso: «Porque oí decir que hacía rudos [de escasa inteligencia], y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo este tan poderoso en los niños» (SJ Juana 1979, 33). También se cortaba el pelo con tal fin: «Imponiéndome ley de que si cuando volviese [a] crecer [...] no sabía tal o cual cosa que me había propuesto de aprender en tanto crecía, me lo había de volver a cortar»; y se lamenta impaciente: «El pelo crecía deprisa, y yo aprendía despacio» (SJ Juana 1979, 34). También comenta sus desvelos y noches de

poco dormir: «En progresos literarios, / pocos laureles consigue / quien, para estudiar, espera / a que el sol su luz envíe» (SJuana 1983, 124).

Y es que los conocimientos son frutos del sacrificio, no ciencia infusa: «Porque es el triunfo del sabio obtenido con dolor y celebrado con llanto, que es el modo de triunfar en sabiduría» (SJuana 1979, 47). Un personaje de una de sus obras teatrales, afirma: «Llegaron / a venerar como infuso / lo que era adquirido lauro [laurel, premio]» (en Paz 1982, 140). Versos sacados seguramente de su propia experiencia, pues la gente admira el conocimiento, pero desconoce el penoso trabajo de adquisición y maduración.

Y, al respecto, sor Juana cita a san Jerónimo (el original en latín): «De cuántos trabajos me tomé, cuánta dificultad hube de sufrir, cuántas veces desesperé, y cuántas otras veces desistí y empecé de nuevo, por el empeño de aprender, testigo es mi conciencia que lo he padecido, y la de los que conmigo lo han vivido» (SJuana 1979, 41 y 78).

Su curiosidad y deseo de saber se convertía en una actividad constante e ineludible. Cuando, en cierta ocasión, alguien consiguió que se le prohibiera estudiar (la cosa duró sólo tres meses), sus ansias de conocimiento se aplicaban a la observación y la experiencia:

Pero, en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo puedo hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro, toda esa máquina universal (SJuana 1979, 50).

Pero no sólo la naturaleza (o la realidad) era como un libro que le hablaba de Dios o estimulaba a su intelecto, sino cualquier actividad, como los juegos infantiles de los alfileres o el del trompo. Para éste último hasta preparó un experimento esparciendo harina con el fin de comprobar la trayectoria de su movimiento (SJuana 1979, 51).

Este constante observar minucioso y reflexivo -que ella consideraba actividad natural y común a todo individuo (igual que la de su facilidad para hacer versos)- llegaba a convertirse, en ocasiones, en obsesión agotadora: «[Se producía] sin tener yo arbitrio [control] en ello, que antes [por el contrario] me suelo enfadar porque me cansa la cabeza». Y es que su cavilar era continuo, y no podía ver nada «sin segunda consideración [interpretación]». Y confiesa: «Eso es tan continuo en mí que no necesito libros» (SJuana 1979 51 y 52).

Cuando, por una enfermedad, se le prohibió estudiar, hubo de retirarse la prohibición: «Eran tan fuertes y vehementes mis cogitaciones [pensamientos] que consumían más espíritu en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días» (SJuana 1979, 52-53). Incluso durante el sueño seguía buscando y encontrando soluciones, y hasta componía versos.

Sin embargo, no era sor Juana un ser aislado dedicado, en exclusiva, al estudio o a la literatura: tenía a su cargo los asuntos económicos del convento («tesorera»), aparte de administrar su propio capital, y era «profesora o instructora de solfeo y música» (Paz 1982, 307 y 311). Aunque el ambiente era incómodo por la falta de silencio y por las visitas inoportunas que interrumpían su estudio - y es de suponer que, entre las compañeras del claustro y sor Juana, en lo que a esa pasión intelectual se refiere, no habría término de comparación-, el trato mutuo era cercano y hasta cordial.

Ella misma se describe como afectuosa, cercana, nada engreída por sus conocimientos e inteligencia superior: «Debo a Dios un [carácter] natural tan blando y tan afable, y las [hermanas] religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas [que son], en mis faltas); y, con esto, gustan mucho de mi compañía»; amor que ella misma comparte y traduce en los momentos de «consolarlas o recrear[se] con su conversación» (SJuana 1979, 41).

Del carácter de sor Juana, destaca Octavio Paz su «ánimo risueño, vivaz y juguetón»; «ingenio rápido en las conversaciones, habilidad dialéctica y la felicidad y gracia de sus improvisaciones» (Paz 1982, 108).

6.3. *El saber, superior a la belleza y las riquezas*

Con respecto a sor Juana, y a sus aproximados treinta años, se la describe «alta y esbelta (como se ve en sus retratos vestida siempre con el hábito de su orden), de rasgos hermosos y grandes ojos luminosos», en palabras de Sabat de Rivers (1983, 13). O de «cara llena, piel tersa, ojos vivos, cejas negras», según Octavio Paz (1982, 309). Además, en los retratos que actualmente se conservan, se destaca como fondo los estantes de su biblioteca, y su pose de lectora o escritora, como en los cuadros de Juan de Miranda o en el de Miguel Cabrera, que figura en la cubierta del libro de Octavio Paz.

En el soneto «En perseguirme, mundo, ¿qué interesas?», sor Juana confiesa su desinterés por la belleza física, siempre pasajera, y su desprecio de las riquezas, tan apreciadas como perecederas; y declara su preferencia por la sabiduría que enriquece y embellece al individuo de otra forma. Y, en retruécanos y quiasmos, expresa sus aspiraciones: «Poner belleza en mi entendimiento /

y no mi entendimiento [preocupación] en las bellezas». Y luego: «Poner riquezas en mi entendimiento, / que no mi entendimiento en las riquezas» (SJuana 1983, 94). Y en un romance vuelve sobre el mismo ideal: «Conserve eterna la unión / de hermosura y sutileza, / y una [de unir], razón de belleza, / belleza de la razón» (SJuana 1983, 163)



6.4. *El saber al servicio de la Teología*

Para sor Juana no solo la Filosofía es esclava de la Teología, según la concepción tradicional, sino cualquier otra ciencia o conocimiento. Por ello, declara: «Proseguí siempre, dirigiendo siempre mis pasos al estudio de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas» (SJuana 1979, 35).

Y lanza una serie de preguntas retóricas sobre la imposibilidad de comprender ciertos aspectos muy concretos de las Sagradas Escrituras sin conocimientos de Retórica, Física, Aritmética, Geometría, Arquitectura (para entender el Templo de Salomón), Historia, Derecho, los Santos Padres, la Música (segunda mención en la lista, ahora para explicar la argumentación numérica de Jacob para salvar a Sodoma y Gomorra), la Astrología e, incluso, las artes Mecánicas, entro otras. Al respecto, escribe:

No hay duda de que para la inteligencia [comprensión] de muchos lugares [contenidos] es menester mucha historia, costumbres, ceremonias, proverbios y aun maneras de hablar de aquellos tiempos en que se escribieron, para saber sobre qué caen y a qué aluden algunas locuciones de las divinas letras (SJJuana 1979, 60-61)

Y es que las Sagradas Escrituras, no solo es un libro inspirado por Dios, sino compendio de todo conocimiento: «El Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia [o comprensión] todas sirven» SJJuana 1979, 37-38).

Claro que, dentro de la visión cristiana, todos estos conocimientos, resultan insuficientes, y resulta imprescindible una especie de gracia divina, además de una vida virtuosa. Por eso, sor Juana se disculpa: «Pero yo, tan distante de la virtud y las letras, ¿cómo había de tener ánimo para escribir [sobre teología]?» (SJJuana 1979, 38). Y por eso, en su retrato del doctor Arce, lo define como «digno profesor de Escrituras por su virtud y sus letras [ciencia]» (SJJuana 1979, 55).

6.5. *Envidias y ataques*

En la *Respuesta a Sor Filotea*, no solo hay autodefensa, sino que, en un plano más general, se reflexiona y trata, con cierta extensión y detalle, sobre los ataques que sabios o escritores sufren por parte de los envidiosos fundamentalmente. Al respecto, sor Juana plantea la tesis de que quien «se señala», quien se singulariza, será objeto de ataques: «¿Señalado? ¡Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala!» (SJJuana 1979, 45). Y lo acompaña de argumentos y referencias de tipo erudito. Así, menciona como antecedente histórico «aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes por que no tiranizase con ellas» (SJJuana 1979, 43). Sin embargo, tal práctica perdura, aunque los motivos hayan variado de lo político a la social o psicológico; y, así, uno «no menos eficaz, aunque no tan bien fundado», es el que «parece máxima del impío Maquiavelo: que es aborrecer al que se señala porque desluzca a otros». Y concluye el párrafo: «Así sucede, y así sucedió siempre» (SJJuana 1979, 43).

De los casos y ejemplos comentaremos solo algunos. Por ejemplo, sor Juana se acerca al Evangelio para reflexionar sobre la envidia que los fariseos sentían por Jesús, conjunción divina de sabiduría, bondad y belleza:

Porque si miramos su presencia, ¡cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatarse los corazones? Si cualquier belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedríos y, con blanda y apetecida violencia, los sabe sujetar, ¿Qué hará aquella [hermosura divina] con tantas prerrogativas y dones soberanos? ¿Qué haría, qué movería y qué no haría y qué no movería aquella incomprensible beldad, por cuyo hermosos rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? (SJuaana 1979, 43-44).

Y se refiere a la impresión que le causó a Santa Teresa su visión, para preguntarse cómo fue posible que no sólo no amaran todos sus contemporáneos, sino que llegaron a planear su muerte por hacer «cosas señaladas», aunque esto «no parece [sabio proceder] de hombres doctos, cuales eran los fariseos». Sin embargo -y Sor Juana lo experimentaba en carne propia-, la realidad demuestra que, «cuando se apasionan los hombres doctos, prorrumpen en semejantes inconsecuencias» (SJuaana 1979, 45). De esta manera belleza, inteligencia y bondad son causa de ataques y sufrimientos para quien los posee.

También, sor Juana echa mano del emblema de las figuras de los vientos y de la Fama (SJuaana 1979, 45), cuya estatua, colocada en los pináculos, suele tener unos pinchos para evitar que las aves se posen y las manchen. Aunque esos pinchos sean un recurso de defensa, sor Juana los convierte en espinas representativas de los sufrimientos del sabio.

Y, volviendo a los Evangelios, se refiere Sor Juana a las burlas de la soldadesca después de la flagelación de Cristo, a quien visten con un manto rojo, una caña como cetro y una corona de espinas:

Pues ahora, la caña y la púrpura eran afrentosas, pero no dolorosas; pues ¿por qué solo la corona es dolorosa? ¿No basta que, como las demás insignias, fuese de escarnio e ignominia, pues ese era el fin? No, porque la sagrada cabeza de Cristo y aquel divino cerebro eran depósito de la sabiduría; y cerebro sabio en el mundo no basta con que esté escarnecido, ha de estar lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas. ¿Cuál guirnalda espera la sabiduría humana si ve la que obtuvo la divina? (SJuaana 1979, 46).

Por tanto, tal hecho debe servir de aviso al sabio e, incluso, de motivo de aceptación del sufrimiento: «Siendo Cristo, como rey de ella [de la sabiduría], quien estrenó la corona [de espinas], porque [fue] santificada en sus sienes, se quite el horror a los otros sabios y entiendan que no han de aspirar a otro honor» (SJuaana 1979, 47-48). Sin embargo, sor Juana no se considera un

mujer sabia, y muy significativamente advierte: «En todo lo dicho, venerable señora, no quiero (ni tal desatino cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino solo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro» (SJuana 1979, 49).

Por otra parte, en el campo del saber, y en especial en la Teología, considera sor Juana que se han de dar ciertas condiciones imprescindibles, intelectuales y personales, independientes del sexo y, por tanto, aplicables a hombres y mujeres por igual:

Que no solo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con solo serlo piensan que son sabios, se ha de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras, en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dóciles y bien inclinados (SJuana 1979, 56).

A la carencia de tales condiciones en algunos varones, atribuye sor Juana el surgimiento de algunas herejías:

Hay muchos que estudian para ignorar, especialmente los que son de ánimos arrogantes, inquietos y soberbios, amigos de novedades en la Ley (que es quien las rehúsa); y así, hasta que, por decir lo que nadie ha dicho, dicen una herejía, no están contentos (SJuana 1979, 56).

Y tal sucede porque Dios no inspira a los soberbios, y sor Juana cita: «En el alma maligna no entrará la sabiduría» (Sabiduría I, 4); y a San Pablo: «No sepan más de lo que conviene saber, sino que sepan con templanza, y cada uno como Dios repartió la medida de la fe» (original en latín), pues no está al alcance de todos cualquier conocimiento, ni superar a las grandes mentes del pasado (SJuana 1979, 56 y 57).

6.6. Las crisis del saber en sor Juana

En los últimos años de la vida de sor Juana, se adivinan los que podrían llamarse dos tipos de fracasos o, mejor, crisis: la intelectual y la vital (de conciencia), la crisis del conocimiento como actividad y construcción mental, y la crisis de su proyecto cristiano de vida.

Hacia 1694 (muere en 1695), Sor Juana se desprende de su biblioteca y otras pertenencias (su colección de instrumentos musicales y científicos) para que sean vendidas y repartido el dinero a los pobres (Paz 1981, 597). Este hecho, a la vez objetivo y simbólico, puede tener diversas interpretaciones: la renuncia al

saber humano, quizás el reconocimiento de su fracaso, quizás un acto de sumisión ante los ataques y el consejo de su confesor, un acto de caridad sincera...

Pero vayamos un poco atrás, al período de 1680 y 1690, el previo a la publicación de la *Carta atenagórica*, y en el que las actividades sociales y literarias de sor Juana alcanzan «la máxima intensidad: la tertulia [en el locutorio] de San Jerónimo, la amistad con María Luisa [la virreina, protectora y amiga], las comedias y las loas, los poemas cortesanos y los eróticos [eros platónico y cortesano], la incesante correspondencia con colegas y admiradores de Madrid, Sevilla, Lima y Quito» (Paz 1982, 553). Todo esto está a punto de tambalearse, motivado por una serie de circunstancias y sucesos.

Paz (1982, 606) enumera las circunstancias previas a esa crisis, las que reordenaremos e ilustraremos entre corchetes incluso con otras citas del mismo autor. Estas circunstancias las reagruparemos en dos ámbitos diferentes: el contexto histórico y social, y la persona y vida de sor Juana (aunque se trata de un mundo tan rico y complejo que resulta difícil de agotar).

Comenzaremos con los dos referentes al contexto histórico y social:

- 1). El tumulto de 1692 [que puso en jaque al Virrey y acabó de forma sangrienta];
- 2). La pérdida de influencia del virrey y el consiguiente encumbramiento de Aguiar y Seijas [arzobispo de México, que en un vacío de poder, toma la delantera y compite con el mismo poder civil].

Las circunstancias de tipo personal son más numerosas:

- 3). La amonestación de Fernández de Santa Cruz [el mencionado reproche del prólogo a la *Carta atenagórica*].
- 4). La *Respuesta a Sor Filotea* [con lo que supuso de escándalo, además de incluir la negativa a renunciar a la literatura].
- 5). El retiro de Núñez de Miranda [su habitual confesor, «un conformista», que «no podía sino escandalizarse ante las actitudes de sor Juana, sus poemas, su curiosidad intelectual y su beligerante feminismo» (Paz 1982, 559)].
- 6). La edición del beligerante segundo tomo de las *Obras* [«con las defensas y encomios de siete teólogos españoles», que podían considerarse «un proyectil, disparado desde Sevilla, a sus enemigos de México» (Paz 1982, 592 y 558)].

7). La composición de los aún más beligerantes villancicos de Santa Catarina [que, a pesar de su condición de mujer, unía sabiduría y santidad].

8). La muerte repentina del marqués de la Laguna [su antiguo protector, que fuera virrey de México, y cuya esposa, doña María Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes y marquesa de Laguna, había sido motivo de versos platónicos por parte de sor Juana].

9). La vuelta de Núñez de Miranda [el confesor de sor Juana, que regresaría con más celo apostólico seguramente].

10). La coincidencia con el jubileo de sor Juana (veinticinco años de su profesión), lo que suponía la renovación de votos con una confesión general y revisión de su vida pasada.

Todas estas circunstancias pudieron provocar esa doble crisis donde lo intelectual y lo espiritual no eran fácilmente aislables. Además, «las lluvias, la plaga, el hambre y los motines», fueron vistas por la sociedad como «el obligado castigo por los crímenes y pecados de hombres y mujeres»; y, según Octavio Paz, es natural que «sor Juana -creyente sincera- compartiese estos sentimientos y viese, en su vida pasada -vertida al exterior, apasionada por las ideas y las letras pero tibia en materia religiosa-, una de las causas de las calamidades que se abatían sobre Nueva España» (Paz 1982, 575).

Desde un punto de vista socio-religioso, según Octavio Paz, la dedicación de sor Juana a las letras «parecía una singularidad sospechosa, y la fama que alcanzó en poco tiempo fue vista por la burocracia eclesiástica como una prueba del pecado de elación: la soberbia que se transforma insensiblemente en rebeldía». A ello debía sumarse «la irritación que provocaba la existencia de una monja literata, que no tenía vergüenza de ser mujer y que contaba con protectores en altos sitios [la corte virreinal y el obispo de Puebla, entre otros; y en España los condes de Paredes y los marqueses de Mancera, antiguos virreyes]», además, «la pequeñez del mundo en que ella se movía», terreno adecuado para envidias e intrigas, jugaba en su contra (Paz 1982, 555).

Pasando al terreno personal, en los textos de sor Juana, pueden encontrarse algunas manifestaciones de que el saber y los conocimientos no parecían satisfacerla plenamente. Muestra puede ser el romance titulado «Acusa [este romance] la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil, aun para saber, y nociva para vivir» (SJuana 1983, 133). Al fondo también estaban los consejos de los directores espirituales: «No conviene a la santa ignorancia que deben [tener las monjas], este estudio; se ha de perder [condenar], se ha de desvanecer

[ser presa de la vanidad] en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza» (SJuana 1979: 42). Advertencias, éstas, que llegaban a sor Juana de personas que la apreciaban sinceramente, lo que hacía que su conciencia vacilase presa de la inseguridad, y se produjera una extraña situación: «¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!» (SJuana 1979, 42).

Resulta muy significativa esta afirmación: «Aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad» (SJuana 1979, 31). Tras ese «contra mí» (en mi perjuicio), se adivina la desasosiego que tal afán de conocimiento le provoca, los grandes sacrificios que exige y las frecuentes insatisfacciones, que ignoran los admiradores del momento y menosprecian los envidiosos de siempre. Y sor Juana sufriría no solo por las envidias y ataques, sino seguramente también ante el triste espectáculo de las bajezas de envidiosos y enemigos: «Porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones cuantas no podré contar» (SJuana 1979, 42).

Además, consciente de la desventaja de su condición de mujer, apunta: «Le he pedido [a Dios] que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aún hay quien diga que daña» (SJuana 1979, 31-32).

Y eso, a pesar de que sus pretensiones no fueran excesivas: «Yo nunca estudié para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver, si con estudios ignoro menos» (SJuana 1979, 31). Y a pesar de la propia inseguridad: «Vivo siempre tan desconfiada de mí que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio» (SJuana 1979, 53).

Por lo demás, los medios a su alcance eran muy limitados; sólo libros, sin maestros y sin condiscípulos con los que contrastar o afinar el conocimiento: «Teniendo sólo por maestro un libro mudo, y por condiscípulo un tintero insensible» (SJuana 1979, 40). Además de autodidacta, reconoce que su aprendizaje no ha sido precisamente selectivo ni metódico:

Estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, el haber estudiado en unas [ciencias] más que en otras, no ha sido en mi elección, sino que el acaso [la casualidad] de haber topado más a mano libros de aquellas facultades [ciencias] les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia (SJuana 1979, 38).

Y el contexto poco ayudaba: el imperio español, una potencia que no sólo se defendía del ataque físico exterior, sino que se cerraba firmemente a las ideas foráneas. Por ello, sor Juana «ignoraba casi todo de la gran revolución intelectual que transformaba a Europa [en ese momento]»; y «esta ignorancia volvía aún más patético su afán [de saber]», según Paz (1982, 543).

En la misma raíz del conocimiento, parece encontrarse ese deseo de ir más allá, el reto, la lucha por superar límites: «Donde es el riesgo apreciable, ¿qué tanto [mucho] valdrá el acierto?», se preguntaba sor Juana (1983, 273). Sin embargo, el final no suele ser sino el fracaso. Por ello, y como representaciones del fracaso del saber, Octavio Paz identifica a Sor Juana (y parece que ella misma también lo hacía) con algunas figuras míticas, como Tántalo o Faetón, hijo de Apolo, que «quiere saber aun a riesgo de caer», «ejemplo intelectual que une el amor al saber y la osadía», «imagen de la libertad que se arriesga y no teme romper los límites» (Paz 1982, 504), cuando el fracaso está prácticamente asegurado.

VII. UNA VIDA ENTRE DOS SABERES

Aunque el principal objetivo de vida de sor Juana fuera el conocimiento, objetivo meramente intelectual, y éste impregnara toda su vida, tal objetivo no parece que anulara, tratándose de una monja, su objetivo espiritual. Sin embargo, la visión que nos da Octavio Paz de la vida de sor Juana, dentro de un encuadre histórico muy rico y sugerente, adopta un punto de vista no cristiano, aunque él mismo llegue a calificar a sor Juana de «creyente sincera» (Paz 1982, 575).

Por ello, frente a las biografías «hagiográficas» de sor Juana, que las hay, y a la de Octavio Paz, admirable por muchos aspectos y muy documentada, debe agregarse otra posibilidad, en que el saber humano y el saber o sentido espiritual cristiano se armonizarían de alguna manera en la etapa final de la vida de sor Juana.

Sobre el género de las biografías, advierte Benito Fernández (2020, 14) que, «cuando hay una mirada detrás, la objetividad desaparece. Es mi verdad. Soy un hombre que cuenta la vida de otro hombre. Y habrá tantas vidas distintas de un mismo personaje, como biógrafos tenga, como relatos haya». Y, después de todas ellas, los enigmas persistirán, «los enigmas que todo lo que hacemos [y lo que pensamos y sentimos] constituyen para los demás, incluso para nosotros mismos», según Isabel Burdiel (2020, 11).

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENITO FERNÁNDEZ, J., «La biografía: esa oscura dama», en *El País-Babelia*, Madrid 1 de febrero de 2020, p. 14.
- BURDIEL, I., «Un amor nervioso y moderno», en *El País*, Madrid 22 de febrero de 2020, p. 11.
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Barcelona 1979, Laertes Ed.
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Inundación castálidas*, edición, introducción y notas de G. Sabat de Rivers. Madrid 1983, Ed. Castalia.
- MORENO MARTÍNEZ, M., *Diccionario lingüístico-literario*, Madrid 2005, Ed. Castalia.
- NÚÑEZ DE CEPEDA, F., «Empresas sacras», en R. García Mahíquez, *Empresas sacras, de Núñez de Cepeda*, Madrid 1988, Ediciones Tuero.
- PAZ, O., *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Barcelona 1982, Editorial Seix Barral.
- SABAT DE RIVERS, G., «Introducción. Biografía y crítica», en Juana Inés de la Cruz: *Inundación castálida*. Madrid 1983, Ed. Castalia, pp. 9-71.
- TOKARCZUK, O., *Los errantes*, Barcelona 2019, Ed. Anagrama.